

poca distancia el monte Auxois y su caballería en los intervalos. Después comenzó aquellos prodigiosos trabajos que hicieron la admiración del gran Condé. En primer lugar un foso de más de veinte pies de anchura y otro tanto de profundidad cortando la llanura de los laumes entre el Ose y el Ozerain, único punto por donde Vercingetorix podía salir. A 400 pies por detrás comenzaba la contravalación verdadera, que circuía el monte Auxois en un desarrollo de 11,000 pasos (16 kilómetros). Estaba formada por dos fosos de 15 pies de anchura y de 8 á 9 de profundidad; en el primero arrojó César las aguas del Ozerain y del Rabutin, desviando el curso de estos ríos; el segundo corría á lo largo de un terraplén de 12 pies de alto, coronado de almenas, protegido por una empalizada de troncos de árboles y flanqueado de torres á trechos de 80 pies. Por delante de los fosos colocó cinco hileras de caballos de Frisia (*cippi*) y ocho líneas de estacas hundidas en tierra y cuyas puntas salientes quedaban cubiertas con ramaje (*scrobes*); más cerca aún del campamento enemigo, sembró un buen espacio de abrojos ó aguijones acerados (*stimuli*).

Como podía ser sitiado al mismo tiempo que sitiador, repitió estas obras por la parte del campo, cuya circunvalación alcanzaba un circuito de 14 millas (21 kilómetros). Cinco semanas y menos de sesenta mil hombres bastaron para este inmenso trabajo.

Los remos perseveraban en su traición, y los belovacos, por un orgullo insensato, rehusaron ir á confundirse en el grande ejército. «Combatiremos cuando nos plazca y por nuestra cuenta, decían; no queremos obedecer á nadie.» Sin embargo, á instancias del rey de los atrébatas, enviaron dos mil hombres. Ya los veremos venir solos á retar á César, cuando todo esté perdido.

Vercingetorix no había permanecido ocioso, por su parte: varias veces había querido estorbar los trabajos del enemigo con escaramuzas y ataques, pero sin éxito. No pudiendo mantener su caballería, la despidió antes de que las líneas estuvieran terminadas. «Puedo resistirme aquí unos treinta días, dijo á sus jinetes; pero que todas las ciudades se le vanten en masa; que no abandone la Galia al que se ha consagrado á ella y á sus ochenta mil hermanos.»

Pero aquel levantamiento en masa había dado menos un ejército que un inmenso tumulto, que tenía que vencer pronto ó disolverse, pues no podía vivir en un país agotado por las requisiciones de Vercingetorix y de César. Cuando aparecieron á vista de Alesia, habían pasado los treinta días y la carestía se hacía ya sentir en la plaza. El arverno Critognat propuso alimentarse de cadáveres; otros expulsaron de la plaza todas las bocas inútiles, y viéronse entonces multitud de mujeres, de niños y ancianos, errantes de los muros á las trincheras, implorando alternativamente la piedad del enemigo y la de sus hermanos, y luego, rechazados á flechazos, morir de hambre á vista de sus ojos.

Desde el día siguiente de su llegada, la caballería gala se derramó por la llanura. César lanzó contra ella á sus jinetes legionarios, que fueron maltratados de primeras, y los gritos de victoria se alzaban ya de la plaza y de en medio del ejército galo, cuando cargaron en masa cerrada los jinetes germanos y otra vez pusieron en fuga á los galos.

El día siguiente el ejército entero atacó las líneas exteriores y los sitiados hicieron una salida; pero los ardides ocultos en la llanura contuvieron el ímpetu de los asaltantes, mientras las máquinas que cubrían las defensas hacían caer sobre sus filas una granizada de flechas, piedras y balas de plomo, que les llevaban la muerte. Este segundo ataque fracasó también y se resolvió el tercero.

Una colina que César no había podido comprender en

la contravalación, el monte Rea, dominaba parte de las obras. El arverno Vergasivellaun, deudo de Vercingetorix, y Sedulis, jefe de los lemóvices, se trasladaron allí en secreto con sesenta mil guerreros del ejército de socorro. En cuanto Vergasivellaun vió que la caballería se desplegaba en la llanura, que la infantería se dirigía á las trincheras de circunvalación, y que Vercingetorix salía de la plaza con faginas para llenar el foso interior, descubrió sus fuerzas y atacó furiosamente.

Colocado César en una eminencia desde donde abarcaba su campamento y todo el campo de batalla, desde luego reconoció el peligro. Por la parte de la llanura, contenidos los galos por todos los obstáculos que con tanta previsión sembrara, acometían sin arrojamiento, con flojedad; pero lo recio y peligroso de la acción estaba en otra parte, en la colina Rea, en la posición que había ocupado Vergasivellaun. Allí, han agotado ya los legionarios sus dardos, y César manda á Labieno acudir en ayuda y sin demora con seis cohortes. Por la parte de la ciudad ve los progresos de Vercingetorix; lo ve pasar por un punto los fosos, llegar al muro y cortar con guadañas los manteletes en que se guarece el legionario. Algunos esfuerzos más y el enemigo sube á las almenas. César envía allá á Bruto con otras seis cohortes; luego á Fabio con siete más, y creciendo el peligro, él mismo corre al punto amenazado. Por fin, abrumado el enemigo por las balistas y acribillado por los dardos, es rechazado.

Tranquilo por esta parte, corre el procónsul al ataque de Vergasivellaun, donde Labieno está en peligro. Sus soldados y el enemigo lo reconocen en el manto de púrpura que lleva los días de batalla y á su vista extreman su valor y luchan con más bríos. De pronto la caballería, que había hecho salir en secreto, se lanza á rienda suelta y carga á los bárbaros por retaguardia, mientras las cohortes de refresco que él ha conducido los precipitan de las trincheras. Después de horrible matanza, ceden los galos y huyen en desorden, abandonando sus campamentos. Pero César acaba la victoria; los persigue, acuchilla su retaguardia é introduce en sus filas un terror que los dispersa á lo lejos.

Esta vez la Galia estaba vencida enteramente y para siempre. Vercingetorix lo comprendió así y su grande alma no flaqueó. Volvió á la ciudad de Alesia sin arrebato ni gárrulo dolor, á fin de cumplir un deber supremo. No había podido salvar á la Galia con su genio, y esperó poder salvar á lo menos á los que lo habían seguido, ofreciéndose á los romanos como víctima expiatoria. Al propósito reunió la asamblea y dijo:

«No emprendí esta guerra para favorecer mi fortuna, sino para salvar la libertad común. La suerte de las armas nos es contraria. He sido vuestro caudillo: satisfaced á los romanos con mi muerte, ó entregadme vivo; me es indiferente.»

La multitud estaba tan abatida que aceptó este sacrificio. Enviáronse diputados á César. El procónsul exigió que se le entregaran las armas, los jefes y el caudillo Vercingetorix. Y fué á sentarse en su tribunal por delante de sus líneas.

Las puertas de la ciudad se abrieron y un jinete salió solo: era Vercingetorix. Montado en su caballo de batalla y cubierto con su más rica armadura, llegó al galope hasta el tribunal de César, giró alrededor hasta trazar un círculo, echó luego pie á tierra, y sin una súplica, sin una palabra, con mirada serena y altiva, arrojó su casco y su espada á los pies del romano impasible y duro. Los lictores se encargaron de él. César le hizo esperar seis años la depresiva solemnidad del triunfo y la muerte (1).

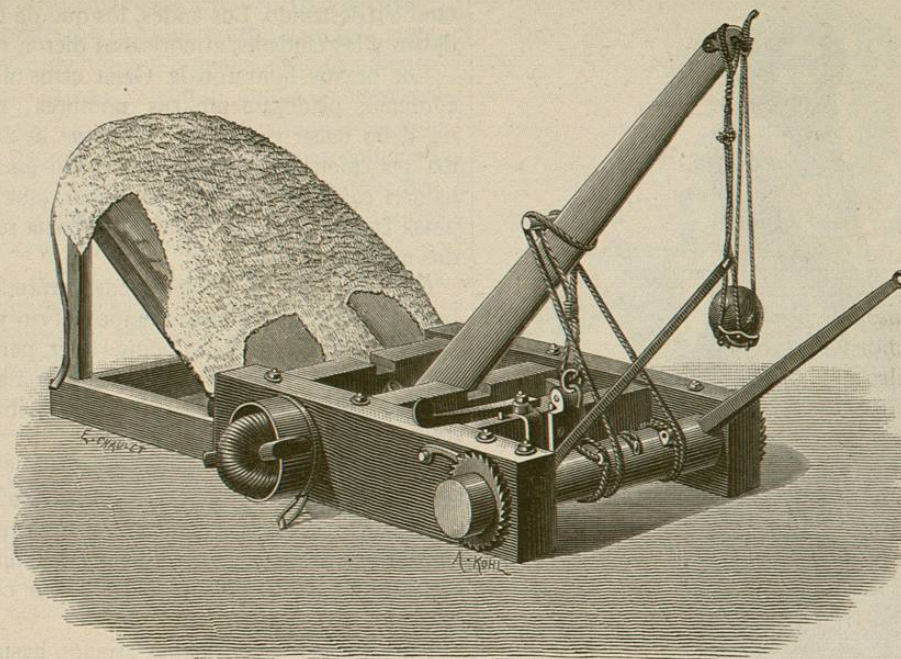
(1) Todos los jefes galos fueron á entregarse con Vercingetorix. Según Dion (XL, 41), Vercingetorix hubiera podido huir, pero con-

A la nueva de tan glorioso hecho de armas, el senado romano decretó que se dieran gracias á los dioses de Roma por espacio de veinte días de solemnes fiestas. Sin embargo, César no se atrevió á ir á invernar más allá de los Alpes y tomó sus cuarteles en Bibracte, en medio de sus legiones. Había abandonado á sus soldados los prisioneros hechos en Alesia; de modo que cada legionario tuvo un esclavo galo que vender ó de quien servirse (1).

En cuanto á César, se reservó veinte mil eduos y arvernos, que puso luego en libertad, á fin de granjearse la voluntad de estos dos pueblos. Y en efecto, los dos se le sometieron.

#### VIII. — OCTAVA CAMPAÑA DE CÉSAR (51). — SUMISIÓN DE LOS BELOVACOS Y DE LOS CADURCOS.

Con todo eso, la guerra no estaba terminada. Los galos del Norte y del Oeste, á excepción de los nervios, los venetos y los eburones, no habían sufrido aún sangrientas derrotas. En la campaña anterior, sus contingentes habían sido poco numerosos y las pérdidas habían recaído principalmente sobre los arvernos y los eduos. Sus fuerzas, pues, estaban íntegras, como su valor, y la experiencia les había enseñado qué género de guerra habían de hacer á las legiones: sorpresas, escaramuzas, ataques parciales; pero nada



Balista (Restauración). Museo de San Germán

de esas grandes batallas en que la táctica romana aniquilaba en un día inmensos ejércitos.

La actividad de César desconcertó este nuevo plan (2). En medio del invierno cayó sobre los bituriges, antes de que hubieran terminado sus preparativos, y llevando por todo el país el hierro y el fuego, obligó á este pueblo á huir á las naciones vecinas ante el incendio y exterminio. Después de tan cruel lección, les permitió volver á sus arruinados hogares, y para recompensar á las dos legiones que habían hecho esta expedición, en el rigor del invierno, dió á cada soldado 200 sestercios y 2,000 á cada centurión.

El centro de la Galia parecía definitivamente pacificado. Pero en aquel momento estallaba el Norte, y en primer lugar los carnutes. Este pueblo que había dado la señal de la grande insurrección, debía á su rango entre las naciones galas, combatir hasta el último día. César volvía á Bibrac-

fiando en la antigua amistad de César, se entregó al procónsul, que reprochándole haber hecho traición á su amistad, lo hizo cargar de cadenas.

(1) La venta de los esclavos era un negocio muy lucrativo. Después de la toma de Pindenisa, pequeña ciudad de la Cilicia, hubo de vender Cicerón por valor de doce millones de sestercios en el espacio de tres días, y la venta no estaba aun terminada (*ad Att.* V, 20).

(2) Para la invasión había distribuido sus once legiones de la manera siguiente: Dos en el país de los secuanos, otras dos en el de los remos, una en cada uno de los pueblos, boyos, bituriges y rutenos, otra en Macón y Chalón, y dos que conservó consigo en Bibracte. Cada legión estaba mandada por un legado.

te, cuando supo el movimiento de los carnutes. Luego al punto volvió á partir; se estableció con dos legiones en medio de las ruinas de Cenabum y desde allí hizo batir el país con su caballería y sus auxiliares. Era una guerra de devastación y de pillaje, á la que los soldados se daban con el afán del lucro y la fiebre feroz de la matanza: parte considerable de la población hubo de perecer de frío y de miseria en el fondo de los bosques.

No bien estaba terminada esta ejecución, cuando un levantamiento general de los pueblos del N. E. lo obligó á acudir con cuatro legiones en socorro de los remos, gravemente amenazados. Oyendo Ambiorix resonar, en fin, en la Bélgica un rumor de guerra, había salido de los bosques de la Germania en que se mantenía oculto, y esta vez los belovacos se habían levantado en masa, sostenidos por los pueblos de los valles del Somme y del Escalda, ambienses y atrébatas, y por los del bajo Sena, veliocasos, caletes y aulercos eburones. El procónsul se dirigió á aquel país, pero lo encontró desierto; y cuando los encontró en el monte *Saint Marc* (?) en medio del bosque de Compiègne, su posición defendida por los pantanos era tan fuerte, que no se atrevió á atacarlos. Antes bien tuvo que precaverse él mismo contra toda sorpresa, construyendo para sus cuatro legiones, á proximidad del enemigo, una verdadera fortaleza, un campamento, cuyos muros de 12 pies de altura estaban dominados por torres de tres pisos, unidas por puentes en que los soldados combatían á cubierto; dos fosos de 15 pies de anchura precedían el muro. Muchos

días pasaron sin empeñar más que escaramuzas. César no se atrevía á dar un grande ataque, que lo obligaría á cruzar un terreno pantanoso y á trepar luego á alturas erizadas de defensas. Resolvióse, pues, á recurrir á su gran medio, al cerco, al bloqueo, que con soldados tan hábiles en manejar el azadón y la espada y con adversarios inexpertos, permitía rendir por hambre al enemigo tanto más pronto cuanto más numeroso fuera.

Llamadas otras tres legiones comenzaron los trabajos. A vista de aquellas obras tan rápidamente emprendidas y adelantadas por vigorosos é infatigables trabajadores, se acordaron de Alesia con espanto los belovacos, y una no-



Vercingetorix. (Restauración por Millet)

che hicieron salir del campamento á las mujeres, á los niños y á los ancianos, con los numerosos carros que llevaban sus bagajes. Habiéndolos sorprendido el día en esta operación, aprovechó César el desorden para acercarse á ellos, á fin de buscar ocasión de dar un golpe decisivo. Echó puentes de zarzos y faginas sobre los pantanos y alcanzó una altura inmediata á la que ocupaban los galos. Estos encendieron grandes fogatas al frente de su campamento y por detrás de esta columna de llamas y humo, que los romanos no se atrevieron á franquear temiendo caer en alguna emboscada, se escaparon. Pero alcanzados cerca del Aisne, perdieron su mejor infantería, toda su caballería y su jefe Correo que no quiso entregarse.

Estos reveses los desalentaron, y creyéndose perdidos imploraron la clemencia del vencedor. Todas las ciudades del N. E. entregaron como ellos rehenes. César recorrió la Bélgica, ahuyentó otra vez más allende el Rin á Ambiorix, que había vuelto al territorio de su pueblo con algunos centenares de fugitivos, y después retornó hacia el Loira,

porque al Sur de este río todas las ciudades se habían sulevado también.

Un amigo de los romanos, Durat, había contenido la insurrección de los pictones apoderándose de su capital, y la guerra en el Oeste se concentró alrededor de esta plaza, que los galos sitiaron y los romanos vinieron á defender. El lugarteniente Caninio había acudido de la Provincia con dos legiones, y César le envió además veinticinco cohortes á las órdenes de Fabio. Temiendo los aliados hallarse cogidos entre la plaza y dos ejércitos romanos, procuraron alcanzar el Loira; pero en el momento de pasarlo apareció la caballería de Fabio y los rechazó á la orilla izquierda; las cohortes los alcanzaron y este ejército fué también destruído. Los andes, los que de los carnutes quedaban y las ciudades armoricanas dieron rehenes.

Los bravos honraron la Galia estos últimos días. Recordemos piadosamente sus nombres, porque la historia debe hacer como aquel anciano de los sepulcros, que iba por montes y bosques buscando los lugares en que habían caído los mártires, desembarazaba de hierbas y espinas la piedra de los sepulcros y hacía revivir los olvidados nombres.

Correo, el jefe de los belovacos, sorprendido en una emboscada, combatió mucho tiempo. El río y los bosques estaban próximos y hubiera podido huir, pero no quiso: hizo frente á los legionarios que se atrevían á atacarlo y no sucumbió, sino cuando el enemigo lo acribilló á fuerza de dardos desde lejos.

Guturvath era el jefe de los carnutes, y como Correo y Vercingetorix, instigador de la guerra que su pueblo hacía á los romanos. César exigió que se le entregara, y ordenó á sus lictores que apalearan primero y decapitaran después al valiente que había defendido su patria contra el extranjero.

Drapeth, jefe senón, había armado hasta á los esclavos para la guerra de la libertad; aun después de los últimos desastres, continuó hostilizando á los romanos, hasta que, prisionero de ellos, se dejó morir de hambre.

Dumnac, jefe de los andes, se lanzó á los bosques cuando ya no hubo esperanza de salvación para la patria, y en ellos se perdieron sus huellas: como Ambiorix murió ignorado, pero libre.

Com, rey de los atrébatas, había expiado con meritorios servicios á la causa gálica, el error que al principio lo hiciera amigo de César. Temiendo Labieno su influencia, hubo de atraerlo á una entrevista. Se había concertado previamente que en el momento en que el oficial romano Voluseno tomara la mano del galo, los centuriones que lo acompañaban, caerían sobre Com de súbito y lo traspasarían con sus espadas. Y así se hizo, sino que los amigos del rey desviaron los golpes, y Com, aunque gravemente herido, pudo ponerse en salvo. Cuando su pueblo trató de la paz y quiso para salvarlo comprenderlo entre los rehenes, se negó á ello diciendo: «He jurado no ponerme nunca enfrente de un romano sino para combatir.» Y desapareció en el fondo de los bosques.

Algunos fugitivos fueron allí á buscarlo, y con ellos continuó la guerra, molestando los campamentos inmediatos, sorprendiendo los convoyes de víveres destinados á los cuarteles de las legiones. Un día encontró al prefecto Voluseno á la cabeza de un grupo de caballería, y á su vista se despertó toda su cólera. Los galos eran menos que los romanos, pero Com suplicó á sus compañeros que le ayudaran en su venganza. Por medio de una fuga simulada atrae á Voluseno lejos de los suyos; vuelve entonces grupa y se arroja furiosamente sobre él hiriéndolo con una lanza

corta. Los romanos acudieron y no pudo rematarlo; pero su venganza estaba satisfecha. Luego deputó á Antonio y ofreció dejar las armas á condición de que se le dejara vivir donde no viera jamás á un romano.

Una ciudad oscura hizo la última resistencia. La invasión de Caninio en el Oeste había obligado á Luctero, el antiguo teniente de Vercingetorix, á renunciar á una nueva invasión de la Narbonense, y envió algunas tropas contra la pequeña plaza de Uxelodunum (probablemente *Puy d'Issolu*) entre los cadurcos (Quercy).

Caninio la cercó inmediatamente. Edificada en medio de escarpadas rocas, la plaza era tan fuerte que tuvo César tiempo sobrado para llegar de Bélgica y sólo cortándoles el agua pudo obligar á los sitiados á rendirse. El procónsul, á quien este género de guerra hubiera arruinado á la larga, quiso hacer un escarmiento con aquellos últimos defensores de las libertades gálicas y mandó cortar las manos á todos los que encontró en Uxelodunum; después los dejó libres para que se dispersaran por toda la Galia anunciando así la suerte que los romanos reservaban á los rebeldes. Hubo entre tantos leales á la causa nacional un traidor que entregó á Luctero en manos de sus enemigos (51).

Esta abominable perfidia fué el último acto de la guerra de las Galias. Ninguna lucha dejó en el mundo antiguo recuerdos más profundos. «Durante aquellos ocho años, dice Plutarco, forzó César más de ochocientas ciudades, subyugó trescientas naciones, venció tres millones de hombres, habiendo perecido en el campo de batalla la tercera parte de ellos y perdido su libertad la otra tercera parte.»

No importa que sean exagerados estos números; de cualquier modo revelan cuán impresionado quedó el ánimo de los antiguos por aquellas guerras de gigantes. La Galia tuvo un fin digno del renombre que tantas victorias y conquistas le habían dado. A nosotros, hijos suyos, nos ha de ser permitido no uncirnos al carro del vencedor, ni malograr la ocasión de honrar tan heroica resistencia.

Pero después de este homenaje rendido al valor de nuestros padres, hemos de reconocer que desde el punto de vista de los intereses generales del mundo, César acababa de cerrar de una manera gloriosa la serie de las conquistas de la república romana. Estaba terminada una gran guerra y comenzaba una grande obra. La frontera de Roma llevada desde los Alpes hasta el Rin; la barbarie germánica rechazada y contenida; la civilización greco-latina sembrada á orillas del Saona, del Loira y del Sena, ganando así una base bastante amplia para no tener que temer jamás á los invasores: he aquí el servicio prestado por César, no ya sólo á Roma, sino también á la humanidad.

En esta obra hubo de emplear ocho años, once legiones, los inagotables recursos de la disciplina romana, su genio y su incomparable actividad. La Galia era antes indómita como el caballo que vemos grabado en las monedas nervianas, libre y arrebatado en sus movimientos, y César le puso el freno. Pero en cuanto hubo ella aceptado su nueva condición, se consagró él á hacerle olvidar su derrota y á cerrar las heridas de tan cruenta guerra.

Durante un año entero, visitó las principales ciudades para granjearse las voluntades y calmar los ánimos. Nada de confiscaciones que entregaran tierras á sus soldados, porque no los había comprado por diez años de victorias y de botín, para hacer de ellos, la víspera de Farsalia, pacíficos labradores en las llanuras de la Galia. Nada de tributos pesados; salvo el que la nueva provincia había aceptado durante la guerra (40 millones de sestercios ó sean diez millones de francos).

Y todavía eran numerosas las exenciones para los alia-

dos y las ciudades que habían sabido merecer este privilegio, sobre todo para los nobles galos que debían formar en cada ciudad una facción ó partido fiel á la causa de Roma y ser clientes del procónsul.

A estos favores añadió lo que los súbditos de Roma conocían mejor aún: el respeto á los vencidos, á su gloria, á sus trofeos, aun adquiridos á su costa. Ya dijimos en otro lugar que César había perdido su espada en una batalla. Un día la encontraron sus soldados suspendida en un tem-



Caninio. (Museo del Louvre)

plo galo y quisieron arrancarla de allí, para llevársela al procónsul.

«No, dijo el caudillo, no la toquéis; dejadla en ese lugar; está consagrada.»

También les dejaba otra cosa, más estimable que todas; les dejaba sus sacerdotes, su religión, sus leyes; y parecía que, después de la victoria, no permanecía entre ellos, sino para imponerles la paz pública y asociarlos á la grandeza romana.

Y es que tenía interés en atraerse ahora aquella valerosa raza. La conquista de la Galia le había dado el ejército más aguerrido, al mismo tiempo que fiel á su persona, prodigiosas riquezas, y en la república una influencia poderosa. No podía volver á Roma de simple ciudadano, pues se había elevado demasiado para subir más todavía.

(1) Estatua togada y calzada de *calceus*, cuyo plinto lleva la inscripción: *Canio (por Caninio) Africe procuratori*. Detrás de Caninio un *scrinium*, caja para guardar rollos (Clarac, *Descript. des Ant.* n.º 107). Esta estatua no es la del legado de César, porque el personaje barbudo es necesariamente de época posterior. Durante los tres últimos siglos de la república y el primero del imperio hasta Adriano, los romanos no se dejaron crecer la barba, sino en señal de luto.